LAS PROVINCIAS GALLEGAS

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

TOMO I. | Ferrol 26 de Junio de 1887. | NÚM. 1.

SUMARIO.

Al público, *por la Redacción.*—**Fortuna española de Heine,** *por doña Emilia Pardo Bazan.*—**Los gallegos,** *por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.*—**La edad de la piedra en Galicia,** *por D. Leandro de Saralegui y Medina.*—**La verdadera ilustración,** *por D. Eduardo Vincenti.*—**El Castillo de Sotomayor,** *por L. A.*—**Mis alojados,** *por D. F. A. Diaz.*—**Madrigal,** (poesía), *por D. Manuel Curros Enriquez.*—**Las dichas de la tierra,** (poesía), *por D. Remigio Caula.*—**Advertencias.**

AL PÚBLICO.

Injusto sería—y por consiguiente nada se halla mas distante de nuestro ánimo—que desconocer, por un momento siquiera, la fecunda y elevada misión que la prensa diaria desempeña en nuestras sociedades contemporaneas.

No sólo como arma de partido, como elemento vivaz de discusión y de crítica, como órgano de la opinión y vigilante asíduo y vigoroso de los poderes públicos, sino tambien como zeloso defensor de los intereses morales y materiales de los pueblos, como eco autorizado de sus aspiraciones legítimas y agente infatigable de las conveniencias y los derechos comunes; el periodismo ejerce una acción tan útil y beneficiosa, al mismo tiempo que tan indispensable y necesaria en el estado presente de las sociedades modernas, que difícil sería concebir nuestro actual sistema de relaciones políticas, sociales y económicas sin el concurso de ese poderoso elemento de iniciativa, de vitalidad y de progreso, elevado por la fuerza de las circunstancias y las necesidades de la época *á verdadera obra de arte y levantada producción de ingenio.*

Sin embargo, no todas las cuestiones que más directa y trascendentalmente afectan á los intereses de los pueblos, caen bajo la jurisdicción de la prensa diaria, hasta el extremo de excluir todas las demás formas de manifestación de las aspiraciones y las necesidades públicas, sino que, por el contrario, las mismas excelencias de aquella, en órden á la generalidad de las materias que abraza en el extenso círculo de su acción y su influencia, la constituyen en cierto grado de inferioridad relativa para abordar otras muchas menos compatibles con la especial manera de ser que la distingue.

Las cuestiones mas árduas y difíciles, sobre todo en el órden social y económico, ya que no agenas por completo á la competencia del periódico, reclaman por lo general campo más sosegado y términos menos perentorios que los suyos para ser tratadas con la reflexión, la madurez y la copia de raciocinios y de datos que exigen su alta importancia y la natural complicación de sus problemas.

Esto sentado, basta fijar un momento la atención en el estado actual de las cuatro provincias gallegas para comprender el objeto de nuestra aparición en el estadio de la prensa regional del antiguo Reino.

Galicia, favorecida por un suelo feracísimo y una admirable diversidad de climas que hermanan las producciones de los países del Norte con los mas hermosos frutos de las regiones del mediodía; situada en la posición mas ventajosa para el desarrollo del tráfico mercantil y poblada por una raza activa, sobria y laboriosa como pocas, no ha conseguido sacudir todavía el peso de las fatalidades históricas que la oprimen, sin dejar de oponerse un momento al espontáneo y natural desarrollo de sus ricos y copiosos veneros de prosperidad y de riqueza.

Las causas de ese funesto atraso que pugnan con el espíritu progresivo de nuestro siglo, exigen amplio y detenido estudio que ofrece espacioso campo á la erudición y la asiduidad del publicista, y de que nos proponemos ser órgano desinteresado en el palenque de la prensa regional, asociando á nuestras modestas tareas las de las primeras ilustraciones en los diversos ramos de las ciencias sociales con que se relacionan los trascendentales y difíciles problemas en que nos proponemos ocuparnos; sin desatender, al mismo tiempo, el estudio, en muchos conceptos importantísimo, de las antigüedades del país y el impulso con que nos sea posible contribuir al desarrollo del *Folk Lore* gallego en que se refleja el renacimiento del espíritu provincial del antiguo Reino.

Tales son, ligeramente expuestos, los propósitos que aspira á realizar LAS PROVINCIAS GALLEGAS y para cuya consecución confiamos, mucho más que en nuestras modestas fuerzas, en las simpatías y el concurso de nuestros compañeros en la prensa—á

quienes enviamos nuestro fraternal saludo—y del público amante de las glorias y la prosperidad de Galícia.

Fortuna española de Heine.

Nunca han sido muy conocidos en España los poetas alemanes. De Schiller llegaron hasta nosotros algunas tragedias, señaladamente los *Bandidos* y el *Don Cárlos*; varias poesias líricas, en particular el tan traducido como imitado *Canto de la campana*; de Goethe estamos casi familiarizados con la primera parte del *Fausto*; nuestras abuelas no dejaron de leer á hurtadillas *Las pasiones del jóven Werther*, sin enterarse de que el romántico novelista era un semidios y moraba en el Olimpo; por Bürger sabemos que *Los muertos andan aprisa*; por Uhland, que puede derrumbar los castillos feudales la maldición de un bardo; pero ni de Uhland ni de Bürger creo que lleguen á media docena las composiciones mal leidas acá. Hay del género balada cierta idea difusa en la literatura española; pienso que aun sería mas exacto decir confusa, pues ya resulta de la lectura casual de traducciones francesas, ya nace de elogios tributados por los escasos germanófilos que entre nosotros existen, y cuyas aseveraciones nadie se toma el trabajo de aquilatar consultando textos, por no ser muy común la posesión del idioma.

Por lo que hace á los demás grandes poetas de Alemania, asi los del famoso *periodo de irrupción y asalto*, como los de la época contemporánea, sus mismos nombres son aquí peregrinos. A Herder, citado frecuentemente como filósofo (pues merece notarse que Alemania influyó en nosotros muchísimo mas por las especulaciones racionales que por las formas directamente artísticas), nadie le conoce como excelso poeta lírico que fué (1) de Tieck—el amigo de Schlégel—que á sus lauros de lírico dramaturgo une para nosotros el mérito de haber traducido excelentemente el *Quijote*, ni noticia; como tampoco de Kœrner, el de la musa fustigadora y vengadora, el Tirteo de Alemania, ni de su competidor Ruckert el orientalista (2). Menos notoriedad gozan aun aquende el Pirineo el místico Arnim, el melancólico demente Lenau, el devoto romántico Clemente Brentano, el adversario del romanticismo, conde de Platen, el fantástico Eduardo Moerike, el platónico Novalis, y tantos y tantos que por concisión omito.

Uno solamente vencedor de la indiferencia y de la distancia, camina á obtener aquí la popularidad que Francia le otorgó hace tiempo. Ya se colige que hablo del ruiseñor de Dusseldorf, Enrique Heine.

No ha venido Heine á España á ser como Goethe en el *Fausto* mas admirado que comprendido y seguido; no ha venido, como sus compatriotas los filósofos Hégel y Krausse, á deber favor pasagero á exigencias momentáneas de un período revolucionario y perderlo por inevitable reacción del pensamiento meridional, que rechaza lo absoluto y solo puede ser duraderamente señoreado por la nitidez del sentido, unida á la magnificencia de la forma. No; Heine se nos ha entrado, antes que por las puertas de la cultura literaria por las del corazón y fantasia, y al par que modelos nuestra lírica, le deben adecuada expresión buena parte de nuestros sentimientos, aspiraciones y tristezas. Mas que en el Parnaso, vive en el alma.

¿Y por qué medio ganó Heine esta victoria? ¿Con su vena satírica ó con sus arrebatos amorosos? El elemento crítico de Heine, ni es tan nuevo é inusitado en la musa alemana como vulgarmente se piensa, ni influye y agrada completamente, sinó en circustancias especiales y á determinadas personas. Cuanto de Heine se lee y relee y aprende de memoria en Francia, en Italia, en España, no es *Lutecia*, *Germania* ni *Alta Troll*, sinó las enamoradas, risueñas y desesperadas canciones del *Entreacto lírico*, del *Regreso* y de la *Nueva Primavera*; y el poeta hispano, que bebió en las corrientes de la heiniana inspiración, no imitó por cierto diatribas y *pamplhets*, cuentos de invierno ni de verano, sinó suspiros, quejas y ternezas amorosas, lo que bellamente llamó un crítico insigne red de ensueños y dolores; en suma, el elemento femenino de Heine.

Ante todo, y sobre todo, vemos en Heine el incomparable poeta erótico, en el moderno sentido de la palabra no al modo de Ovidio y Propercio, ni menos al del vate de Vauclusa.

No es paradoja. En España, el país de las grandes leyendas de amor, la nacionalidad que elavoró el mito sublime de «Los Amantes de Teruel,» eclipsó al promontorio de Léucades, con la »Peña de los enamorados» y colgó de las rudas almenas feudales la elegiaca lira de Macias el trovador, la pasión amorosa ha sido cantada muy glacialmente por los poetas líricos y no se encuentra, en la inmensa antologia española, un grito sincero que, como el de Safo, atraviese las edades sin enfriarse ni perder su intensidad y acción comunicativa. El calor y efusión, el derramamiento del espíritu, se quedaron entre nosotros para los místicos. Nuestros poetas glosaron quizás amoríos de pastores y zagalas, en versos que huelen á tomillo y ondean flexibles y melancólicos como rama de sauce; tegieron una vez mas, por ventura, la corona de rosas y mirtos del Cupidillo griego, ó parafrasearan en resonantes estrofas un amor nieto de Platón é hijo del Petrarca, que aletea en el éter sutil de las regiones metafísicas. Pero un cantor como Heine, sacudido y estremecido hasta la médula de los huesos por pasiones devoradoras; hijo verdadero de la edad en que vivimos, cuyo mal le roe las entrañas y forma en ellas destilando la hiel de la estancada bilis, la concreción preciosa del mas esquisito humorismo; un cantor que entreteje con las rosas del deleite los azules *no me olvides* del ensueño ideal y funde en vaporosas y afiligranadas estrofas reclamos de sirena y cánticos de ángel, era para nosotros cosa perentoria, necesaria y no disfrutada aun; y, al dar con él le hemos abierto los brazos.

No solo por su intensidad, fuego y ternura nos sedujo Heine, sinó tambien por su artística brevedad, por lo só-

(1) De Herder se han publicado algunas traducciones en prosa en «La Abeja» periódico que veia la luz en Barcelona, año 1852, y se componia casi exclusivamente de traducciones de autores alemanes.

(2) De Rucker hay algo en el tomito de la «Biblioteca Universal», «Poesias iricas alemanas», traducidas por Jaime Clark.

brio de sus procedimientos, que contrasta con la verbosa abundancia de que suelen adolecer nuestros versificadores. Tanto cautivó al público español la concentración de la poesia heiniana —gota de licor refinadísimo, encerrada en trasparente cristal, segun la afortunada comparación de Menendez Pelayo —que se puso de moda imitar á Heine, en lo único accesible á la chusma rimadora, el tamaño, y adquirieron carta de naturaleza en nuestro Parnaso los famosos *suspirillos* á la vez definidos y estigmatizados por el poeta de mas robusta y ámplia forma que hoy posee España. Y es que por acá, hasta recientes tiempos, solo el epigrama y la copla popular fueron lacónicas; la poesia culta, propiamente lírica, que espresa los movimientos del alma, pecó siempre de difusa, olvidando que la pasión y el sentimiento, por su misma violencia, propenden á la espresión rápida, siendo su fórmula suprema el balbuceo inarticulado ó el grito.

EMILIA PARDO BAZAN.

(Continuará.)

Los gallegos.

Entre el Oriente y Septentrion de España se extiende el antiguo y pintoresco reino de Galicia, que cual soberbio coloso separa al E. con uno de sus brazos á Leon y Asturias, con el otro, al S. el reino de Portugal, y no contento hunde hacia el N. uno de sus piés en el impetuoso mar Cantábrico, y profundiza con arrogancia el otro dentro de las cristalinas olas del Atlántico.

En el espacio que dejan estos límites, ora las montañas, hijas y continuación de las pirenáicas, asoman por sus fronteras, y cual sólido engaste las rodean ostentando en las cimas guirnaldas y festones de nieve, como los picos de Aucanes, el Suido, el Faro y la Peña de Trevinca; ora avanzan por su territorio, y, humildes al visitarle, se inclinan y disminuyen formando graciosas colinas, extensas mesetas, fértiles oteros y suaves lomas; ora se buscan, se cortan, se cruzan, se confunden, y como perennes é impasibles testigos del tiempo frente á frente se contemplan, ó centinelas guardadores de los valles, dejan por las sinuosidades de sus faldas correr y desprenderse murmurantes arroyos y saltadores torrentes, que van á fecundar el verde manto de las angosturas y cañadas; ya esas montañas van descendiendo hasta formar en las costas el dique donde llegan á estrellarse las olas; ó bien en fin se internan en él y surgen sobre la superficie de las aguas en erizadas rocas, ó abriéndose paso mas orgullosas todavia forman elevadas islas que ostentan con arrogancia las desnudas espaldas, como despreciando el cristalino velo con que quiere vestirlas el Océano, prefiriendo la rudeza de su libertad á los halagos del tirano que intenta subyugarlos.

En aquel accidentado y pintoresco territorio, poco conocido y estudiado por los españoles, que en cambio no habrán dejado de visitar, por escasamente holgada que sea su posición, la pintoresca Suiza, vive un pueblo, tambien imperfectamente conocido, y aun mirado con injusto y hasta insultante desdén por el resto de sus hermanos los españoles.

El carácter sencillo y crédulo de los campesinos gallegos reviste sus costumbres y fiestas con el fantástico matiz de una originalidad, solo comparable á la de las romancescas escenas de la Baja Bretaña, ó de la parte central de Alemania. La inquieta y bulliciosa *romería* es, sobre todo en verano, el punto de cita para los moradores de cuatro ó cinco leguas á la redonda, que en largas caravanas afluyen por riscos y senderos poblando el aire de gritos de alegría, agitando á compás las castañuelas, y preservando á las mujeres bajo la extensa tienda de un paraguas portugués, cuya tela es invariablemente azul ó encarnada.

El sexo hermoso va perdiendo la característica novedad de su pintoresco trage. Sin embargo, hay todavia comarcas en que campea en toda su genuina pureza el primitivo tipo de la mujer gallega, cubierta con bordada y blanquísima *cofia*, velado el seno con airoso *dengue* de grana con franjas de terciopelo negro, especie de manteleta que deja lucir el talle, y realza las limpias y planchadas mangas de una camisa artísticamente plegada. Prendidos á un lado del justillo jamás faltan á la buena aldeana ciertos dijes de luceros, semillas y talismanes, que, engarzados ó sueltos, y unidos con milagrosas medallas, la sirven de amuleto para conjurar los maleficios y maldiciones de las vecinas envidiosas.

Los hombres visten oscuras polainas, corto calzón, por cuya abertura sale el blanco calzoncillo, claleco encarnado con caprichosos bordados en el forro, y larga chaqueta, con un cuello derecho y tan alto, como el nada bajo de la camisa. En la cabeza llevan una montera mas alta que la de los asturianos, con el pico mas pronunciado, y adornada, á veces, con una pluma de pavo real ó una rosa.

Las romerías suelen ofrecer lances y curiosísimos incidentes dignos del pincel de Teniers, siendo entre ellos el mas característico el baile de la *muiñeira*, bien al compás de desapacible *zampoña*, que solo el nombre tiene de comun con la de que nos habla Virgilio en el comienzo de la *Eneida*, bien de una *orquesta* en que los instrumentos predominantes son el bombo y el clarinete. La *muiñeira* electriza con sus armonías al concurso; los mozos brincan, voltean, dan cabriolas, y se mueven con frenético entusiasmo, en tanto que las muchachas, pudorosas, pausadas, insensibles al parecer, bailan con la gravedad de un rigodón, bajos los ojos, y atreviéndose apenas á dar tal cual rápido giro. Los que han formado idea de la *muiñeira* por las insulsas piruetas y actitudes que con tal nombre se ejecutan en los teatros, tarde llegarán á comprender que solo han visto la caricatura y no el retrato, ni siquiera el recuerdo de ese baile, cuyo encanto estriba en el vivo y encantador contraste de los dos sexos. El hombre aparece en el pleno goce de la fuerza; muéstrase ardiente, impetuoso y apasionado; sus saltos, vueltas y contorsiones, son hijas del arranque de su cariño; es en fin, el hombre, tal como en sueños se lo pintan las mujeres, valiente, atrevido, generoso, á la vez que sumiso, rendido y enamorado. La mujer no comparte el enajenamiento de su pareja, porque no siente sobre el talle la presión de una mano,

ni reclina la cabeza sobre su pecho, como en los modernos bailes de *sociedad*: de aquí el que sus movimientos sean pausados y en todo su sér vague la inocente expresión de la candidez mas encantadora. La *muiñeira* es un idilio, cuya belleza reconoce á primera vista cualquier observador un poco atento.

Otra de las costumbres mas características de la romería es la *carrera*. En un palenque, al que sirven de valla dos prolongadas filas de espectadores, entra el presidente de esta especie de juegos olímpicos, escoltado por la gaita, el tamboril y el bombo, y paseando en ademán triunfante el premio destinado al vencedor, que consiste por lo general en una enorme *hogaza*, pintada de amarillo con azafrán, adornada con figurillas de relieve y lazos de colores. Comparecen luego los atletas en mangas de camisa y vestidos casi con la sencillez de los tiempos primitivos. Fíjase entonces la meta que es una pértiga alta en cuyo remate ondea un pañuelo, y á ciento y cincuenta pasos de distancia esperan los dos competidores la señal de la corrida. Llegado el instante decisivo, grita el presidente *uno, dos, tres*... y toca á ambos mozos á un mismo tiempo con una vara movida horizontalmente. Lanzados á la carrera como gamos, apenas pisan el suelo; el concurso los anima y excita; cada cual toma partido y hace votos por el triunfo del competidor que le es mas querido; y al fin un grito de inmenso júbilo felicita al que logra tocar primero la anhelada meta. Pero no basta el primer ensayo; repítese la carrera hasta dos y tres veces; y por último el vencedor es aclamado con ruidoso entusiasmo; la *música* celebra el triunfo con sus mas selectas notas; el victorioso atleta recibe el gastronómico lauro de su agilidad y con solemne pompa va, *hogaza* en mano, recorriendo la línea de espectadores, sintiéndose abrumado bajo el peso de tantos aplausos, plácemes y parabienes. El presidente recibe del vencedor el remate ó corona de la *hogaza*, en testimonio de gratitud; y la ceremonia concluye separándose en alegres grupos los concurrentes.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Concluirá.)

La edad de la piedra en Galicia.

> Il faut bien se resoudre á voir reculer et grandir le temps, pour l'histoire comme pour la geologie.
> (M. LE HON).

I.

Los grandes y acalorados debates sostenidos en el mundo científico, respecto á la antigüedad del hombre, han concluido por evidenciar la presencia de la especie humana sobre el planeta que habitamos, en una época muy anterior á las grandes catástrofes que precedieron inmediatamente el actual periodo geológico.

Los descubrimientos de Boucher des Perthes en el *diluvium* de Menchecourt y Moulin-Quignon confirmados por ulteriores investigaciones, y particularmente por M. Lartet, han puesto al abrigo de toda controversia la contemporaneidad del hombre y de los grandes mamíferos cuaternarios, echando por tierra las doctrinas del sabio Cuvier, contrarias á la teoría del hombre fósil y hasta á la existencia de todo cuadrúmano de la época terciaria.

Mucho tiempo antes del célebre descubrimiento realizado por el famoso arqueólogo de Abbeville, y aun prescindiendo de los supuestos gigantes desenterrados en los siglos XVI y XVII en diversas comarcas de Europa, de los pretendidos restos de Teutobochus, rey de los cimbros, y del Homo diluvii testis, de Schenchzer; se habian descubierto diferentes restos de esqueletos humanos en Canstadt, Cerigo, Marsella y el puerto de Moule, en la costa de Guadalupe; pero la autoridad de Cuvier pudo mas que todos los argumentos y las investigaciones de los partidarios de la antropología prehistórica, concluyéndose por atribuir á las dislocaciones de la corteza terrestre, ú otras causas fortuitas, el yacimiento de restos humanos en terrenos de época anterior á la en que, segun el docto naturalista, debiera aparecer el hombre sobre la superficie del globo.

El hallazgo de sílex tallados, producto necesario de la industria primitiva, y el descubrimiento de varios restos humanos en la formación diluvial de Moulin-Quignon, promovieron en la sociedad científica, como era consiguiente, una reacción favorable á la doctrina del hombre fósil; y si bien no faltaron espíritus sistemáticos que combatieran ardientemente las conclusiones de Boucher des Perthes, en apoyo de las afirmaciones prehistóricas, la existencia cuaternaria del género humano quedó poco menos que irrecusablemente demostrada y admitida por los paleontólogos de mas nota.

Posteriormente, los descubrimientos de M. Lartet, en la gruta de Aurignac (Haute-Garonne), y el hallazgo en la estación de la Madeleine (Perigord) de una lámina de marfil, sobre la cual aparece toscamente grabada la figura del *mamut* ó *elephas primigenius*—la mas reciente de las tres especies de elefantes fósiles—acabaron de comprobar la antigüedad del hombre, ulteriormente demostrada hasta la última evidencia por las investigaciones sucesivas de los arqueólogos mas distinguidos de Francia, Inglaterra, Alemania é Italia.

Por otra parte, en Asia, en América, en Grecia y hasta en los terrenos terciarios de Inglaterra y Francia, se han encontrado los restos fósiles de diversas especies de cuadrúmanos, incluso el *Dryopithecus Fontanæ*, mucho mas semejante al hombre que ninguno de los antropoides actuales; de suerte que la doctrina de Cuvier ha caido en completo descrédito, al cabo de una larga y empeñada controversia.

Hoy, despues que las observaciones y los descubrimientos de Bourgeois, Vibraye, Delaunay é Issel, han confirmado plenamente las sospechas de Desnoyers, es indudable que, no sólo los depósitos del *diluvium* y el terreno terciario superior ó *plioceno*, conservan los restos de osamentas humanas mezcladas á los de diferentes clases de animales que subsisten aún ó que han desaparecido ya de la creación, sino que, hasta en el terreno terciario medio, existen tambien restos de la primitiva industria y silex tallados por la mano del hombre, que son otros tantos indicios de la existencia *miocena* de nuestra especie.

De cualquier modo, y una vez reconocida ya la remotísima antigüedad del hombre, siquiera no sea posible, en el estado presente de la ciencia, remontarla hasta los albores del período terciario, que es desde cuando se hizo posible la vida humana sobre la tierra, no pueden limitarse los orígenes de los pueblos de Europa á las épocas de las primeras inmigraciones asiáticas comprobadas por el testimonio de la Historia.

Muchos siglos antes de que los arios invadieran las regiones occidentales del mundo conocido, hizo la especie humana su aparición en el globo, y no hay razón alguna para suponer que el hombre vivió circunscrito á un limitado espacio de la superficie terrestre durante el inmenso lapso de tiempo que trascurrió desde su primitiva aparición hasta la fecha de los primeros acontecimientos históricos.

Sin admitir la teoria que hace descender el género humano de diferentes centros de creación, como pretende el Doctor Buchner, invocando los modernos descubrimientos de las ciencias naturales, es indudable que el hombre, por un efecto de su misma naturaleza, debió de extenderse y propagarse muy pronto por las distintas regiones abiertas á su actividad fecunda y expansiva.

Consiguientemente, la mayor parte de las comarcas del globo, debieron de encontrarse pobladas desde una época muy anterior á la de toda tradición legendaria; y si bien las condiciones del mundo al través de las épocas que precedieron el presente ciclo geológico, impidiendo la conservación de los fósiles humanos, en determinados periodos, puede ser un obstáculo para que las indagaciones científicas alcancen á reconstituir los primitivos orígenes de los pueblos; los descubrimientos realizados ya, permiten asignar á las diferentes regiones de Europa una población mucho mas antigua que la que se les ha reconocido hasta ahora.

L. de SARALEGUI y MEDINA.

(Continuará.)

La verdadera ilustración.

No somos partidarios ni de la enseñanza láica ni de la religión en absoluto; lo primero supone el predominio de la razón sobre la conciencia, y lo segundo la abdicación de las ideas ante el dogmatismo clerical; somos, sí, partidarios de que la base de la instrucción primaria sea la moral, pues en ella descansan todas las instituciones sociales.

La organización de la familia, el concepto del Derecho y la idea de la Justicia, no se comprenden sin la moral: por eso la civilización de los pueblos se mide por el grado de su moralidad y por la influencia que esta ejerce no la enseñanza popular.

La lectura, la escritura, la geografía, las matemáticas y todas las disquisiciones científicas que constituyen la ámplia esfera del saber humano, no forman por sí solas la ilustración del hombre; es preciso que sobre todas ellas se eleve el supremo concepto, que se desprende de la doctrina de los filósofos cuyo lema es el *Nosce te ipsum*.

La instrucción sin la moral, dará una suma más ó ménos grande de conocimientos, pero no puede educar; la instrucción desamparada de todo elemento moral, no puede crear buenos ciudadanos, sólo séres soberbios.

La moral se recoge en la Historia, cuyas lecciones sirven de sábia experiencia, y en la Naturaleza, cuyas manifestaciones son producto de la Suprema Justicia.

La humanidad ha adquirido las primeras nociones de la ley en la Naturaleza, con el auxilio de la tradición divina: por eso se sintetiza toda esa doctrina en otra palabra: en la de Religión.

Ni enseñanza láica ni religiosa en absoluto; busquemos, por tanto, la armonia de la ciencia y de la religión para satisfacer asi los sueños de la imaginación, los dictados de la razón y las necesidades del alma.

El químico, el médico y el sacerdote, vienen luchando por reinar sólos en el corazón del hombre, como si fuesen factores antagónicos, siendo armónicos.

Lucha inútil; tarde ó temprano se encuentran juntos y unidos por un mismo deseo; por el de salvar al hombre

EDUARDO VINCENTI.

Madrid 10 de Junio de 1887.

El castillo de Sotomayor.

En la provincia de Pontevedra, tres leguas al Norte de la capital, y dominando un delicioso valle, de aquellos que hacen llamar á Galicia la Suiza española, se eleva el castillo de Sotomayor, célebre no solo como edificio bien conservado y restaurado, sinó por sus recuerdos históricos que resúmen la historia del feudalismo en Galicia.

Ignórase á punto fijo la primitiva época de la fundación de este castillo; es lo más probable, que como otros muchos estratégicamente situados, fuese erigido en tiempo de los romanos, pasando sucesivamente, como sitio fuerte, al poder de todos los dominadores del país, y experimentando modificaciones, restauraciones y aun aditamentos de construcciones completamente nuevas en todas las épocas, hasta nuestros dias, en que ha sido restaurado por el señor marqués de la Vega de Armijo, en quien ha venido á recaer, por herencia, tan notable monumento.

Pero es casi seguro que su torre del homenaje trae su orígen, cuando menos, del siglo XI: y que en muchas partes de las construcciones interiores se descubren vestigios del siglo XIV.

La casa de Sotomayor, en que estuvo vinculado este castillo, creese que se remonta hasta el año 714, en que la fundaron Don Surano ó Sorrez Fernandez, casado con la infanta Doña Teresa, hermana de Doña Lexica; y de aquella remota época provienen, segun la tradición, las armas de esta familia, que adornan el castillo, y que tienen franjas negras en señal y recuerdo del dolor que causó á Fernandez la involuntaria muerte que causó á Doña Lexica en una cacería.

De aquí salieron los sucesores, algunos de los cuales

representaron un papel importante en la historia de Galicia hasta D. Pedro Alvarez Sotomayor, comendador de Alcántara que tuvo gran fama á últimos del siglo XV. Entonces tomó una parte demasiado activa en las contiendas suscitadas con motivo de la elevación al trono de la reina Doña Isabel, defendiendo, como la mayoría de los gallegos, el derecho de la desgraciada infanta Doña Juana, llamada *la Beltraneja*; por cuya causa fué condenado á muerte y á confiscación de bienes. Derrotado por las tropas de Doña Isabel, tuvo que emigrar á Portugal, donde murió hácia el año 1486. Los bienes, incluso el castillo que lleva su nombre, fueron no mucho despues devueltos á la familia por el emperador Carlos V.

Con aquel golpe que no se dió sinó á costa de enconada lucha, porque D. Pedro Sotomayor llegó á reunir un ejército considerable de gallegos y portugueses, quedó aniquilado el feudalismo en Galicia; y desde entonces los señores de Sotomayor tuvieron distinta importancia política.

En 1692, Carlos II concedió al poseedor del vínculo, que era á la sazón D. Gabriel Bernaldo de Quirós, el título de marqués de Mos, nombre que tambien se ha dado al castillo, aunque siempre ha sobrevivido el de Sotomayor.

El castillo está cercado por un primer recinto ó muralla de 214 metros de extensión, con un grueso de cerca de dos metros, y unos seis por término medio de altura; subiéndose desde el valle á esta muralla por una rampa empedrada y con pretiles á derecha é izquierda. Tiene este recinto dos puertas: una ojival y otra de medio punto y está todo él almenado.

En el segundo recinto, que consiste tambien en una fuerte muralla de dos metros de espesor, se alza la torre del homenage, cuyos muros tienen cuatro metros de grueso, y en ella estaban una ámplia plataforma, habitaciones, salas de armas, el departamento de los víveres, y por último, el calabozo, iluminado solo por una lúgubre tronera y al cual se bajaba á los presos descolgándolos por un agujero practicado en el techo. En esta torre, pues, segun costumbre de las fortalezas feudales, habitaba y dormía el señor del castillo, y tenia en mayor seguridad los alimentos y los prisioneros. Basta formarse idea de lo que seria la vida en aquella torre, para comprender los horrores del feudalismo, que nosotros juzgamos con el criterio de aquella época, encontrando su explicación, pero que no comprendemos como haya quien los defienda en nuestros dias.

La puerta de este segundo recinto está defendida por una nueva torre con troneras habilmente dispuestas y dando entrada á la plaza de armas, tras de la cual se eleva la muralla del tercer recinto ó palacio, en que están las habitaciones mas anchurosas. Y realmente merecen este nombre, porque el salón principal tiene once metros de largo por siete metros de ancho, y el comedor trece de largo.

Como puede juzgarse por esta ligera descripción, el castillo de Sotomayor es una de aquellas fortalezas, tipo del vigor del feudalismo, que van siendo ya muy escasas y presenta á la vista del viajero uno de esos espectáculos que solo se encuentran ya en algunos dramas ó novelas, ó en la resurrección que de los tiempos pasados hacen algunos anticuarios.

El actual poseedor del castillo de Sotomayor, nuestro ilustre amigo el señor marqués de la Vega de Armijo, ha restaurado gran parte de este monumento, con especial acierto, dándole condiciones de comodidad para la vida moderna, y conservando su carácter rigorosamente ojival en toda la construcción.

No faltan en este castillo objetos y recuerdos curiosos, que no es posible describir en un solo artículo; pero hemos de citar la capilla en que el marqués de la Vega de Armijo ha mandado colocar una inscripción en memoria del comendador D. Diego, que fundó en 1543 el vínculo de Mos y estados de Sotomayor; un pozo que existe cerca de la segunda muralla, y al cual se baja hasta la profundidad á que se encuentra el agua por una escalera de piedra que sigue las vueltas de la pared interior, y seria probablemente una salida oculta; y por último, tres cañones del siglo XIV, abiertos por ambos lados, como se usaban en aquella época en que se cargaban adicionando la culata con la carga.

Este castillo, como todos los restos de las edades antiguas, y principalmente los del feudalismo, es objeto en el pais de leyendas y tradiciones mezcladas con los sucesos históricos mas importantes, muchos de los cuales iremos dando á conocer mas adelante á los lectores de LAS PROVINCIAS GALLEGAS.

L. A.

Mis alojados.

¡Qué seductora es la vida de la paz! Bajo su benéfico influjo brotan de la inteligencia y de la mano del hombre los ricos y sazonados frutos del trabajo; las ciencias prosperan, la industria crece lozana, el comercio se desarrolla, florecen las artes y el sol radiante de la paz que todo lo hermosea, que esparce la vida y la animación por los campos y las ciudades, ilumina con sus esplendores el curso glorioso de la civilización triunfante, que sigue su progresiva y magestuosa marcha, rodeada de todos los atractivos que seducen la imaginación, que embargan gratamente los sentidos y que mecen nuestra alma en cuna florida de doradas ilusiones.

¡Ay! ¡Cuántos años de aplazamientos dolorosos, de esperanzas desvanecidas, significa un solo dia de lágrimas y de luto en la historia de un pueblo! ¡Cuantas dificultades hay que vencer para salvar esos arroyos de sangre por donde se escapa infructuosamente la vida de la humanidad. Si como dijo *De Serre*, una sociedad bien ordenada es el más hermoso templo que puede elevarse al Ser supremo, el gran dia para la historia debe ser aquel en que reconociéndose errores mútuos, se unan en fraternal abrazo todos los corazones, y sin otra aspiración que la del bien común, se apague para siempre la tea humeante de la discordia. ¡Dichosas las generaciones que puedan levantar este grandioso monumento en el mundo moral sobre el alcázar de la civilización y de la cultura, para gloria de las edades del porvenir!

Abismado en estas reflexiones me encontraba en la atribulada Gerona, heróica Numancia del presente siglo, una tarde del mes de Enero de 1874, sin dejar en reposo el contenido de un bien acondicionado brasero que hacia mis delicias, cuando el sonido de una imponente campanada de la torre de la iglesia catedral vino á distraerme de mis ocupaciones mentales. Tras de aquella campanada sonó otra, y tres mas, trascurrido un breve intervalo. Las primeras eran señal de atención, las segundas aviso del punto por donde se acercaba la fuerza armada del ejército.

Mi casa se hallaba situada en un altozano de la población y ocupaba un piso bastante elevado, motivos ambos que me permitian, á todas horas, libre comunicación con el aire y la luz, y el espectáculo variado de curiosear los episodios de los tejados, observar el aliento de las chimeneas y todas las demas escenas que el lector puede figurarse de tejas arriba. A la sazón, los últimos rayos del sol poniente habian ido á posarse sobre los altos minaretes de la gigantesta catedral, como queriendo retrasar su partida del edificio religioso y dar su «adios, hasta mañana» á aquellas piedras seculares, con las cuales, á fuerza de trato, entablara relaciones cariñosas.

Mucho han celebrado los poetas en todos tonos las bellezas de la Aurora, coreadas por las aves, despertándose entre las arboledas y enramadas, cuando el naciente dia, nacarando primero, sonrosando despues y mas tarde dorando el horizonte, se viste de los mas bellos colores para recibir en su seno al rey del dia, que se eleva sobre las arreboladas nubes de Oriente como la sagrada Forma sobre el cáliz; pero yo prefiero las delectaciones que bañan mi alma en dulce melancolía, porque revisten mayor sentimiento poético, y admiro, como admiraba Lamartine la belleza del sol moribundo, enviando á la tierra y al dia su última mirada. Ha sido este un dulce atractivo y no lo he desdeñado, mientras he vivido donde sin dificultad y gratuitamente podia contemplar tan solemne espectáculo.

En la ocasión á que aludo esperé la conclusión de la última escena, y cuando los cárdenos vapores tomaban los matices del ópalo y consecutivamente los de la violeta para encubrirse con el velo de la noche, cogí mi sombrero y arropado con mi capa, me trasladé á la vecina plaza para atisbar el número y aspecto de la fuerza anunciada é indagar las noticias de sensación.

No tardó en divisarse la columna. Los soldados venian envueltos en polvo, y por algunos rostros se desprendia el sudor de la fatiga, como si estuviéramos en Agosto, cuando nos hallábamos en el corazón del invierno y en una tarde sañuda y fria, marcando el termómetro dos grados bajo cero.

A poco rato ví desfilar una de las compañias en dirección á mi vivienda. No creí que me correspondieran alojados, aunque la columna era numerosa, porque de reciente los habia tenido. En la duda, me decidí á regresar á mi casa, ya que por otra parte, las noticias que la columna traia se hallaban desprovistas de todo interés, y no mo retenian ea aquel punto. Tras de andar leguas y mas leguas, la columna no habia visto ni de lejos al enemigo.

Poco ántes de llegar á mi casa, ví entregados á una de las contrariedades inherentes á los alojamientos, á dos cabos de cazadores.

Por mas que daban desacorde serenata con la culata de sus fusiles á la puerta de un vecino, éste no se daba por aludido, y no pudiéndome ser indiferente el descanso de aquellos dos valientes, que lo eran, y mucho, les ofrecí mi habitación, que aceptaron ambos *in continenti*.

Era el uno alegre, jovial, decidor y muy atento á la vez. El otro le seguia, dominado por la iniciativa de aquel. De aspecto reposado, con la huella de la tristeza en su semblante, reconcentrado en si mismo, parecia que obraba maquinalmente; asi es, que cuando el primero me dió las gracias de una manera expresiva, el segundo apenas balbuceó alguna palabra que no comprendí bien.

A poco rato nos sentamos á cenar. Se hallaba, á la sazón, ausente mi familia, y yo me creia honrado teniendo á mi mesa dos jóvenes desprendidos del hogar paterno para hacer el sacrificio de sus vidas en luchas que ellos no habian provocado.

Ambos correspondieron á mi confianza, y cuando la adquirieron mayor, despues de un breve exordio de consideraciones generales, que se hace cuando se busca tema para hablar, dijome Luis que era el mas comunicativo: «¡Que pesada es la guerra! Hace ya seis meses que no descansamos dos dias en un mismo punto; y yo, al menos me defiendo bien contra todas las penalidades, procurando amenizar mi vida de campaña con los episodios mas divertidos. Donde hay una fiesta, donde hay una distracción, donde hay una muchacha bonita, alli estoy yo. Mi compañero es menos afortunado; su posición especial le tiene rodeado de una niebla de melancolía que solo se disuelve en lágrimas y suspiros.

—¿Como es eso? le interrogué. ¿Por que no imita V. á su compañero.

—Porque me es imposible, me contestó.

Le invité á que me refiriera sus cuitas, sus pesares todos, y dijo:

—Huérfano de padres y con una fortuna mas que regular para vivir en mi pueblo, entablé relaciones amorosas con una jóven de diez y seis años cuando yo solo cifraba en los diez y ocho. Vivia ella con unos tios que á toda vela le cercenaban su modesta fortuna, y que la trataban poco menos que como sirvienta de la casa. Su padre, á consecuencia de unas heridas que recibió en 1848 luchando por la causa carlista, sucumbió despues de una vida desgraciada.

Habia perdido las dos piernas, destrozadas por una horrible bala de cañón, que hizo de un hombre un busto; y atormentado por su desdicha murió, dejando una niña, todavia capullo, en el rosal de los amores; pero que en su hermosa primavera jamás habia sido indiferente á mi corazón.

No habian trascurrido dos meses, cuando su malograda madre sucumbió tambien, amargada por la pérdida de un esposo siempre amante y siempre bueno que, al verla partícipe de sus dolores y constantemente solícita por su bien, la besaba sus manos, y las regaba con el llanto del agradecimiento que hacian brotar nueva

y lozanas flores del corazón virtuoso de la apasionada esposa.

J. A. DIAZ.

(Continuará.)

Madrigal.

A...

A fada Loreley, d'o Rhin n'os picos,
Non mostra ós pescadores n'as suas pescas
Ollos máis doces nin d'azul máis ricos...
¡Dan ganas de solbelos en dous bicos,
Coma si foran duas almexas frescas!
Non ten a sonolenta e roxa Aurora
Cabeleira máis fina nin máis crara.
S'en vez de ser quen son Diana eu fóra,
¡Con qué pente d'amor, miña señora,
Con qué pente d'amor vos penteara!

MANUEL CURROS ENRIQUEZ.

Las dichas de la tierra.

Dichas ofrece el mundo, mil placeres
El festín de la vida:
La fortuna, la gloria, las mujeres,
Todo á gozar convida.
Mas.... entre los encantos seductores
De ese festín hermoso,
Se oculta, cual reptil entre las flores,
El áspid venenoso.
. . . . . .
. . . . . .
El opulento, en su dorado lecho,
Vela en triste impaciencia,
Si oye gritar del fondo de su pecho
La voz de la conciencia.
Artistas y poetas, los que ostentan
Las coronas divinas
Que concede la gloria, en ellas cuentan
Por laureles.... espinas.
El que, á impulso de amoroso fuego,
Su corazón confía
A una mujer falaz, recoge luego
Desengaño y falsía.
Dichas ofrece el mundo al que sediento,
Ciego ante el precipicio,
No separa sus labios un momento
De la copa del vicio;
Y hasta las heces, miserable apura
Aquel cáliz inmundo,
Sin comprender que es falsa esa ventura
Y acaba en este mundo;
Porque la sola dicha verdadera,
Manantial de consuelo,
Fuente de todo bien, que al justo espera,
Esa.... ¡empieza en el cielo!

REMIGIO CAULA.

Santiago, Mayo, 1887.

Advertencias.

Adelantamos algunos dias la publicación del presente número con el fin de que los Sres. Corresponsales y repartidores de LAS PROVINCIAS GALLEGAS tengan tiempo para hacer el reparto y propaganda de este periódico, asi como para poder organizar convenientemente la Administración. El próximo número saldrá á luz el dia 10 de Julio.

Conceptuaremos desde luego como suscritoras á LAS PROVINCIAS GALLEGAS, á todas aquellas personas á quienes enviamos el presente número y no nos lo devuelvan antes del dia 10 del mes próximo.

Las suscriciones á este periódico, comenzarán siempre á contarse desde el dia 1.° de cada mes.

Ferrol: Imp. de Taxonera, Real 82.

LAS PROVINCIAS GALLEGAS,

Revista decenal de ciencias, artes y literatura.

Se publicará los dias 1, 10 y 20 de cada mes en cuadernos de 8 páginas en fólio, á dos colúmnas.

Precios de suscrición.

En El Ferrol, un mes. . . . . Una peseta.
En el resto de la Península, tres meses . 3 pesetas.
Ultramar y extranjero, seis meses . . . 12 pesetas.

Puntos de suscrición.

En el Ferrol:—Administración de LAS PROVINCIAS GALLEGAS, Real, 82, Imprenta de Taxonera.

En el resto de la Península:—En las principales librerias ó directamente á la Administración de la Revista, enviando adelantado el importe de la suscrición.